

arte

El arte puede contemplarse de infinitas maneras. Una gran mayoría trata de disfrutarlo con tranquilidad, buscando el momento y tiempo necesarios para permanecer en soledad consigo mismo. Si surgen elementos inquietantes ante la visión de una obra constituyen poderosos estímulos, que introducen a todo espíritu elevado en un mundo onírico. De esta manera se pueden saborear historias narradas por el autor, preludio de las que vendrán o recuerdo de experiencias pasadas.

En las grandes abstracciones panorámicas, que vienen a ser las obras de Antón Patiño (Monforte de Lemos, 1957), se desenvuelven signos enigmáticos. Realmente son eso, recuerdos que emergen codificados en emblemas tan conocidos como sus características manchas, esos residuos de destrucción, de olvido, que a través del tachón remiten asimismo a catástrofes o traumas que queremos permanezcan soterrados. Otras veces son las huellas y pisadas grabadas en el camino, restos fitomorfo o cabezas moleculares a punto de desintegrarse o formarse, porque la ciencia tiene cabida en muchos de sus lienzos.

El autor proyecta en el espacio del lienzo imágenes de caída o fracaso, tan frecuentes en los sueños como el ala de Ícaro, en eterna suspensión, como todo destino humano. Es un símbolo universal de la arrogancia desmedida; incorpora testigos ausentes tanto del pasado como de nuestro tiempo, representados por sus asientos vacíos, sus conocidas sillas, espolvoreadas en conocidas series del autor.

La temática del vacío, de la siempre sentida ausencia, un tanto agorera, pero muy pasional, es otra constante en su obra. No hay más que fijarse en los manchones negros u otros vertidos colorísticos que forman caminos de lluvia, de barro o se quedan en meras salpicaduras. Y es que Patiño entiende la actividad pictórica más que como espejo, como territorio

PATIÑO: LA PINTURA COMO CAMPO DE BATALLA MENTAL

Texto: Fátima Otero



Inauguración de la exposición 'Rostros e laberintos', de Antón Patiño, en la Galería SCQ

Y es que Antón Patiño entiende la actividad pictórica más que como espejo, como territorio donde suceden cosas, aunque en muchas ocasiones sean trágicas

rio donde suceden cosas, aunque en muchas ocasiones sean trágicas, pero siempre es experimento fructífero u ordenador del aparente desorden, tal vez prolongación de su turbulenta y compleja imaginación que él también se ha propuesto ordenar y sintetizar.

Otros elementos sgnicos repetidos y en ocasiones desplega-

dos por dípticos e incluso polípticos son la cerámica de Gundivós, localidad cercana a su tierra natal, esgrafiada como en el recuerdo; o las inscripciones prehistóricas desplegadas en espirales, esvásticas que siempre resultan fascinantes por lo que tienen de enigmático. Cualquiera de estos signos descubren sus orígenes, una personalidad que voluntariamente quiere anclarse en el pasado, en sus ricas tradiciones y en una añorada infancia, cuando la vida todavía no era experiencia sino casi sueño.

Patiño ya ha domesticado otras iconografías conocidas suyas como la del laberinto, ese lugar donde el regreso es imposible de alcanzar, esa difícil realidad

con la que a diario nos enfrentamos, con sus inquietantes salidas o imposibles soluciones. En definitiva, iconos todos relacionadas con la tierra y el propio territorio, al que ineludiblemente vuelve siempre y al que alude en su misma manera de trabajar. Y lo hace en el plano horizontal en una primera fase acercándose a los expresionistas abstractos americanos, para finalmente erigir el cuadro en vertical, como se fue evolutivamente erigiendo la especie humana.

Aunque su simbología mantiene un ritmo casi obsesivo: el de nuestro mundo. En ocasiones alude a superficies abismales marinas y en otras es la madre tierra la protagonista. En todo caso, siempre es en

el planeta en el que vivimos donde se operan las transmuciones más importantes que van desde el nacimiento, al olvido, muerte o resurgimiento. La tierra como substrato telúrico y profundidad tectónica. Y es que, en realidad, todo nace, germina y termina en ella, incluso la última morada. El autor se impregna de ese espíritu y se sumerge en la Madre Naturaleza hasta llegar a confundirse con los elementos que la conforman.

Hoy, que para muchos espíritus inquietos se cree que vivimos una época de existencias débiles y ambiguas, las imágenes líquidas de pintura derramada por Patiño extendiendo por toda la superficie del lienzo amplios e infinitos fondos monocromáticos, semejan un frágil cristal en el que la curiosidad atenta permite contemplar lo efímero de todo, pero a la vez expresa con contundencia lo eterno de nuestra vida, aunque pueda parecer contradictorio.

Toda la obra de Antón Patiño, ya sea a través de sus lúcidos escritos, de sus ademanos pictóricos o cuando se adentra en la instalación, ofrece una riqueza de matices psicológicos y espirituales capaces de convertir su vida y obra en un verdadero poema. Sus grandes iconogramas actuales, revisados y reactualizados, repartidos por la amplia galería compostelana SCQ, siguen cortejando con la idea del final y del infinito. Con sensibilidad extrema y perfectamente resueltos en policromías oscuras y contrastadas, no hacen sino delatar el arte que podemos denominar nocturno del espíritu intelectual, inconformista y universal que marca la vida del artista.

ET MIHI
ETIAM

Trinidad Sánchez
Outón



Vive deprisa y muere joven

Como si de una película de terror se tratara. En la primera escena aparece sólo una foto de unos colegiales en la entrada de un colegio. Sus sonrisas nos muestran que las vacaciones ya están cerca y su impecable aspecto delata que sus ropas de los domingos han sido planchadas y almidonadas con especial cariño para la ocasión. Es el último año en el colegio y quién sabe si volverán a verse. Si nos fijamos en la cuarta fila vemos a dos niños, un chico, Miguel, y a una

chica, Carolina. Estos niños han experimentado en sus pocos años más de lo que mucha gente que les dobla la edad. Sus vidas han estado marcadas por noches de vino y rosas, por viajes inolvidables e irrepetibles... Cada uno es muy distinto al otro y a la vez son muy parecidos, una paradójica reflexión de sus propias vidas. Éstas han sido duras, han soportado más de lo que cualquiera puede, o cree, soportar. Como si esta carrera de obstáculos se hubiera acabado y

ya no hubiese prueba más difícil, llegan a la meta, que, para nosotros los mortales es la muerte. Él, en la época que le tocó vivir, se le consideró un trasgresor de las "leyes" morales establecidas por una sociedad que no quiso adoptar como suya. Ella es más tradicional, aunque por desgracias de la vida o quizás por una predisposición para un futuro en el que no podría cuidar a ese hijo que tanto deseó, tuvo que renunciar a su sueño infantil de tener una familia como la

suya, de ser una madre entregada como la suya, de tener un padre protector a su lado como el suyo, pero la suya fue una familia distinta. En su juventud y madurez respetó las normas, pero las normas no la respetaron a ella y la llevaron a romper con ese papel de fiel y adorable esposa, sufridora pasiva y en la sombra, y pasar a ser una mujer independiente y con ansias y capacidades para comerse el mundo. Y así lo hizo, pero cada vez que avanzaba, ella recibía el

mordisco. Los puntos en común de estos jóvenes fueron unas vidas paralelas hasta sus tristes y tempranos finales, unas vidas marcadas por las alegrías y tristezas vividas juntos o a miles de kilómetros de distancia; donde un teléfono, una conversación, una bronca a tiempo tenía más valor que cientos de horas reunidos. Unas vidas que asemejaban piezas de dominó, en el que, cuando cae la primera pieza hace caer a las demás. Lentamente y a un ritmo serpenteante y "lúgubre" va derrumbando a esas duras piezas de juego, a unas personas que podrían personificar el dicho vive deprisa, muere joven".